

# C O R T E S



## DIARIO DE SESIONES DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

### COMISION DE ASUNTOS EXTERIORES

**PRESIDENTE: Don Ignacio Camuñas Solís**

**Sesión número 8**

**(Informativa en aplicación del artículo 34 del Reglamento)**

**celebrada el jueves, 16 de marzo de 1978**

#### S U M A R I O

*Se abre la sesión a las diez y diez minutos de la mañana.*

*Proceso de descolonización del Sahara (continuación).*

*El señor Presidente agradece al señor Solís Ruiz su buena disposición, demostrada desde el primer momento, de comparecer ante la Comisión para informar sobre su participación en el proceso de descolonización del Sahara.*

*A continuación, el señor Solís Ruiz informa ampliamente sobre diversos detalles de su actuación con motivo de la descolonización del territorio del Sahara.*

*El señor Presidente decide suspender unos minutos la sesión, con el fin de que los representantes de los Grupos Parlamentarios*

*redacten sus preguntas y las presenten a la Mesa.*

*Se reanuda la sesión.—Seguidamente, los representantes de los Grupos Parlamentarios van formulando sus preguntas al señor Solís, por el orden que se indica, quien las va contestando sucesivamente: señora Calvet Puig (del Grupo Comunista).—El señor Otero Madrígala plantea una cuestión de orden, que le es contestada por el señor Solís Ruiz. — Continuando el orden de preguntas, intervienen los señores Lasuen Sancho (del Grupo de Unión de Centro Democrático); Yáñez-Barnuevo y García, Marín González, Díaz-Marta Pinilla y Martínez Martínez (del Grupo Socialista del Congreso) y Lluch Martín (del Grupo Socialistas de Cataluña).*

*El señor Presidente, después de agradecer nuevamente al señor Solís Ruiz su gentile-*

*za al comparecer ante la Comisión y la colaboración que han prestado tanto los Diputados como los Taquígrafos y representantes de los medios de comunicación social, da por terminadas estas sesiones informativas sobre el proceso de descolonización del Sahara.*

*El señor Marín González plantea una cuestión de orden, que le es contestada por el señor Presidente.*

*Se levanta la sesión a la una y cinco minutos de la tarde.*

---

*Se abre la sesión a las diez y diez minutos de la mañana.*

El señor PRESIDENTE: Señores Diputados, vamos a cumplir, espero, la última parte de las ya largas sesiones informativas que comenzaron el pasado lunes.

Al igual que con el resto de las personas que tuvieron la gentileza de comparecer en la Comisión de Asuntos Exteriores, me complace dejar patente que el ex Ministro don José Solís, desde el primer momento, también se ofreció, sin género de duda, a comparecer tan pronto como esta Comisión lo considerara oportuno. A su proverbial gentileza creo que hoy le tendríamos que agradecer su presencia aquí por un doble motivo. Primero porque fue convocado para otro día y para otra hora, y, sin embargo, ha llegado hasta el final, a pesar de nuestros aplazamientos, y, luego, porque tengo la sensación de que hoy no se encuentra en su mejor forma.

Por estas dos razones, señor Solís, le estamos muy agradecidos en nombre de la Comisión de Asuntos Exteriores.

Tiene la palabra el señor Solís Ruiz.

El señor SOLIS RUIZ: Muchas gracias. Señor Presidente, señoras y señores Diputados, antes de entrar en la exposición, y para aclarar únicamente esas indisposiciones pasajeras que me han tenido levantado toda la noche con unos vómitos fuertes, si en algún momento tuviera que ausentarme, les ruego que me disculpen, porque volveré en seguida; pero quería estar aquí porque mi falta de presencia podría interpretarse de otra manera.

Efectivamente, fui invitado por el Presiden-

te de esta Cámara, de acuerdo con el requerimiento y el acuerdo que habíais adoptado vosotros y puse dos condiciones naturales: la primera, que era necesaria la autorización correspondiente que solicité, rogando fuese afirmativa, y, por otra parte, que estuviese la Prensa ante esta Comisión. Como efectivamente se encuentra presente, aquí estoy.

Me preguntaban si yo era Ministro de Trabajo cuando se inició la salida del Ejército del Sahara. Y recordaréis algunos que cesé en la primera etapa de Ministro en el año 1969; fui nombrado Ministro-Secretario en junio de 1975 y luego Ministro de Trabajo el 11 de diciembre de 1975, después de la muerte del Jefe del Estado, en el primer Gobierno de Su Majestad. Aclarados estos cargos, que tenía yo en aquel momento, paso a explicar mi intervención.

A los veteranos que estáis aquí y a los más jóvenes, quiero recordaros que en política no se hace siempre todo aquello que uno desea, y, por otra parte, que los acontecimientos políticos hay que adaptarlos a las necesidades de cada momento y a las exigencias de cada situación de nuestros pueblos. Y digo esto porque a mí me da la impresión de que hemos analizado con lupa, u objetivo del año 1978, acontecimientos políticos que se desarrollaron en 1975, que era la lente que teníamos que aplicarle para sacar las consecuencias convenientes y necesarias.

Por ello, yo anoche, a pesar de esta situación en que me encontraba, rebusqué toda la vieja Prensa que tenía acumulada y me adentré en ella. Leí las magníficas crónicas de nuestros corresponsales en el Sahara; leí los comentarios de nuestros periódicos, las editoriales y leí también, muy detenidamente, las crónicas de los corresponsales de otras naciones, principalmente de París y de las Naciones Unidas. Efectivamente, observé cómo en todos ellos había en aquella etapa una fuerte preocupación por ese acontecimiento del que tanto hemos hablado, de la «Marcha Verde», que unos calificaban al principio como preocupante, otros como peligrosa, más adelante, e incluso el Secretario General de las Naciones Unidas, del que tanto se ha hablado aquí, en París, de vuelta me indicó, concretamente, que la situación en el Sahara era explosiva.

Analicé anoche qué fue la «Marcha Verde», porque aunque yo lo sabía, y aquí se ha hablado mucho de ella, quería refrescar mi recuerdo.

Efectivamente, como conocemos, el Rey Hassan la convocó como si fuese una marcha sagrada, una marcha santa, como si fuese una peregrinación a la Meca, incluso poniéndola un nombre muy tradicional entre su religión, y acudieron hombres, mujeres de todos los rincones del país vecino, y también hubo unanimidad, a la que ya hemos hecho referencia, en todos los partidos políticos que, olvidando diferencias, incluso enfrentamientos, se arriesgaron a adentrarse en el territorio, cuya administración teníamos en el momento que recibiesen las órdenes determinadas.

Esta situación era fuerte, porque nos encontrábamos —como se ha dicho aquí— zahiridos y atacados por todas partes. La población —que incomprensiblemente fue una sorpresa para muchos de nosotros— se volvió contra España, cuando España tanto había hecho por ellos; los países vecinos, con todas las escaramuzas, heridos, prisioneros, y, por si era poco, el mundo no nos comprendía o no quería comprendernos.

Se sabe que yo no tengo mucha fe en las Naciones Unidas, mejor dicho, creo poco en ellas. Sí creo y admiro el valor, la competencia, la pasión, el patriotismo que han puesto siempre en aquella Organización nuestros representantes y en muchos casos, personalmente y por escrito, les he felicitado porque han defendido los intereses de la Patria con un tesón que es de envidiar y de admirar. Pero no creo ni creía en dicha Organización.

Nosotros teníamos esperanzas de que las Naciones Unidas participasen y pusiesen fin a un acontecimiento que yo estaba convencido que, a la larga, nos llevaría a un enfrentamiento, lo que me preocupaba, pensando en las madres de aquellos soldados que estaban en el Sahara y en nuestros propios hijos. Los hombres que hicimos una guerra nos afanamos durante muchos años para que nuestros hijos no tuvieran que hacerla. Los hombres que tuvimos que enfrentarnos unos a otros hemos luchado para que nos entendamos todos. Por eso quiero ser amigo de todo el mundo y no distingo entre unos y otros, porque

comprendo que haya diversidad de pensamiento, pero entiendo que los hombres debemos hermanarnos, porque España necesita de todos nosotros.

Las Naciones Unidas, para mí, fueron lo que siempre habían sido; la misma de Indochina, el Vietnam, Israel, Somalia, y ahora mismo Etiopía, o la de nuestro Gibraltar. Es decir, hablar, hablar, sin facultades para hacer. Ya sé que se dice que las facultades no son del Organismo, sino de las naciones que lo componen. Yo observaba que la tragedia que estaba amenazando a nuestra Patria se pasaba, desde el Comité de los no sé cuántos, al Consejo del no sé qué, a la Permanente, a la Asamblea. Decía de broma que era como cuando en un Gobierno se presenta un problema vidrioso y no quiere adentrarse en él. Normalmente, se nombra una comisión interministerial, que es tanto como que aquel problema no se resolverá nunca.

Después de mi reingreso en el Gobierno, observaba que las relaciones con Marruecos se habían deteriorado de manera extraordinaria. Los contactos y relaciones de nuestro Gobierno con la propia Embajada de Marruecos estaban prácticamente interrumpidos porque la situación era fuerte. En Rabat, en Casablanca, teníamos un Embajador —que habéis conocido— que mantenía con tesón los contactos que podía, pero con mucha dificultad. El diálogo no existía y, poco a poco, aquella «Marcha» iba cuajando, aunque sus componentes no eran sólo marroquíes, como aquí ya se ha dicho.

Recuerdo que leyendo anoche, observaba una crónica procedente de Naciones Unidas, donde se decía que 18 países estaban de acuerdo con la «Marcha» y nueve incorporados. Incluso una nación árabe, que se decía muy amiga nuestra, tenía 8.000 voluntarios (decía la crónica de aquel periodista, muy bien enterado de la «Marcha»), desarmados, pero que formaban parte de su propio ejército.

Pensaba que nuestro Ejército, espléndido, con una disciplina extraordinaria —todos lo hemos reconocido—, con una calidad que también conocemos —y tengo razones especiales para saberlo— estaba dispuesto a todo sacrificio y a cumplir con su obligación. Nuestro Ejército no permitiría que el territorio que estaba dependiendo de nosotros, en cuanto a

administración, fuese invadido por fuerzas militares, pero tampoco por la «Marcha Verde».

Seamos sensatos. Es más fácil luchar contra un Ejército que enfrentarse con 300.000, 400.000 ó 500.000 personas totalmente desarmadas.

Observábamos que nuestro Ejército, decidido a cualquier cosa, decidido a todo sacrificio, reconociendo en él no solamente esa disciplina que le caracteriza, sino también su propio patriotismo, tenía preocupación porque tuviese que disparar sobre personas que iban desarmadas, y se calculaba —decían los periodistas— que el primer día —y aquí ya se ha hecho referencia a este número— podría haber treinta mil bajas.

Naturalmente, ese Ejército hubiese pasado a la historia y posiblemente su preocupación sería la de un Ejército que cometió un genocidio. No tenía más remedio que defender aquello que se le había confiado. También se ha hecho aquí referencia, y las crónicas lo reiteran y lo describen, a que habíamos sembrado, porque era necesario, miles y miles de minas en todas las avanzadas que teníamos establecidas en la frontera con Marruecos y que aquellas minas tenían que ser traspasadas.

La situación, se quiera o no, era grave e inquietante. Nos encontrábamos solos, sin que nadie nos comprendiese, ante una situación crítica; nos encontrábamos en una soledad absoluta y era necesario dialogar —esa palabra que ahora está tan de moda—, era necesario convenir y negociar. Efectivamente hubo aquel Consejo de Ministros de 20 de octubre, Consejo largo, donde se nos explicó la situación total tanto de nuestras fuerzas como de las marroquíes. Se nos explicaron todos los componentes de la marcha. Se nos explicó —y no es tanto secreto que no se pueda decir por el juramento que todos los Ministros prestamos— que allí se acordó iniciar las negociaciones interrumpidas para ver si podíamos, de alguna forma, evitar que la «Marcha Verde» se pusiese a andar. Este fue el objetivo fundamental. No faltamos tampoco a ese juramento si decimos que acordamos que el ideal sería que fuese a esa conversación el Presidente del Gobierno o cualquiera de los Ministros allí presentes.

En aquel Consejo no se dieron los nombres de los Ministros que podían ir; cualquiera po-

día hacerlo porque todos se prestaban, como es natural, voluntarios. Se dijo algo más —y aquí se ha hecho referencia a ello—, se dijo que el Embajador de Arabia Saudita se había ofrecido como mediador. Yo como español no soy partidario de esas mediaciones, sobre todo cuando se trata de un país que está cercano, un país al que nos ligan siglos de historia, un país con el que hemos tenido altos y bajos en nuestras relaciones, con el que hemos tenido muchas temporadas de relaciones cordiales, un país donde nuestros intereses son comunes y con el que tenemos una gran responsabilidad porque estamos a uno y otro lado del estrecho que es el paso hacia el Mediterráneo. Es lo mismo que si hubiésemos tenido un conflicto con Afganistán —si es que todavía existe ese país, con ese nombre en la geografía que cambia todos los días— y hubiéramos pedido que cualquiera mediara en el asunto. Con Afganistán me parece muy bien, pero con Marruecos no. A Marruecos tenía que ir una persona, responsable, que conociese el problema, y así se acordó.

Ayer nos dijo el que fue Ministro de Asuntos Exteriores, señor Cortina, en su magnífica intervención, que, después del Consejo, él habló con el Presidente del Gobierno. No sé lo que hablaron, posiblemente trataron de quién podría ir, según las circunstancias que se diesen porque sabíamos que el Jefe del Estado estaba enfermo. A las cinco o seis de la madrugada el teléfono de mi casa sonó. Al ponerme me dijeron: «le llaman de la Presidencia». Consideré que me iban a dar para mí la desgraciada noticia de la muerte del Jefe del Estado, pero no fue así. Se me dijo sólo: «Solís, ¿estás dispuesto a salir dentro de un rato para ver si te puede recibir el Rey de Marruecos y a llevar la consigna o explicarle lo que te diré?». Naturalmente, dije lo que hubieseis dicho cualquiera de vosotros: «Presidente, soy un Ministro, a tus órdenes estoy y al servicio de la Patria». Entonces se me comunicó que hora y media después estuviese en la Presidencia. Serían las siete y media u ocho de la mañana, no recuerdo, cuando llegué a la Presidencia; estaba el Presidente y el Ministro de la Presidencia acompañándole y me dijo: «A las dos de la madrugada el Jefe del Estado ha tenido una fuerte recaída, un grave ataque al corazón y lo va superan-

do. Por tanto, yo no puedo moverme de España y te quisiera encomendar que llevases una misión al Rey Hassan. Saldrás en un avión dentro de un momento, procura que te reciba y dile lo siguiente: "Que yo pensaba visitarle para iniciar y entablar unas conversaciones y negociaciones; que yo deseaba que hablásemos de todos los problemas a través de esas negociaciones, que tenemos planteadas, uno por uno, pero que, debido a la enfermedad del Jefe del Estado, a su gravedad, te mando a ti". Tu objetivo es el siguiente: primero, conseguir, si puedes, que la "Marcha Verde" no salga y no se acerque a nuestras fronteras; segundo, si ello no es posible, procura traer el compromiso de que se retrase un poco, de que se ponga a "ralentí" la organización de la marcha, a fin de que podamos negociar».

Esto es, ni más ni menos, el objetivo que yo tenía que cumplir, sobre el que muchas veces se fantasea; no tenía más objetivo que ése, y, naturalmente, salí. Poco antes de salir se llamó al Embajador, el cual, con buen criterio, dijo: «Que demore Solís la salida, siquiera media hora, para que yo pueda garantizar que Su Majestad le va a recibir, porque si llega aquí sin tener audiencia concedida, a lo mejor no le recibe y entonces empeoramos la situación, que ya de por sí está bastante apretada».

Salí en un «Mystère», como sabéis; llegué a Rabat, recogí a nuestro Embajador y Martín-Gamero me indicó que el Rey no estaba en Casablanca, como pensaba, sino que se había trasladado a Marrakech para ponerse al frente de la «Marcha Verde», estar más cerca de la misma y, días después, acompañarla en su primera salida antes de que se hiciese cargo de la dirección su hermano y los ministros, todos los cuales estaban preparados para formar parte de la marcha.

La llegada a Marrakech fue para mí una sorpresa. Yo creía, y así se había dicho, que el viaje era secreto, pero cuando llegué me encontré con que los Ministros estaban esperándome, con una compañía de infantería formada con banderas y rindiéndome honores, a la que revisté, y mucha gente que había tenido noticia de la llegada de un Ministro español y que allí esperaba. El ambiente era frío; no diré hostil, pero sí frío. Se cor-

taba el hielo con cuchillo. La gente te miraba con determinado respeto, pero con una extraordinaria frialdad. Se formó una gran columna acompañada de motoristas y llegamos a Marrakech. Allí, en el palacio, otra compañía de infantería a la que pasé revista. Muchísima gente esperando y unos heraldos que me acompañaban cantando unos salmos, que supongo era deseándome una buena venida. (Risas.) Pasando entre periodistas, radio y televisión del mundo entero, me acerqué adonde estaba Su Majestad, acompañado por el resto del Gobierno.

Es decir, al viaje se le había dado importancia. Yo estaba preocupado y le dije a Martín-Gamero ¿Pero no era un viaje secreto? Y me contestó: Sí, pero la verdad es que, por unas u otras circunstancias, debido a la rapidez y la precipitación, no he recibido instrucciones en ese sentido y el recibimiento lo han montado de esta manera.

Su Majestad me recibió con afecto, quizá porque vio una cara conocida. Efectivamente, a mí, ocho o diez años antes, el Jefe del Estado me había mandado a Marruecos para representar a España, con motivo del décimo aniversario de la muerte de Mohamed V. Allí estaban representantes de todas las naciones de Europa y del mundo prácticamente. En efecto, en aquel viaje, tanto conmigo como con el Embajador de entonces y con el séquito que nos acompañaba, tuvieron atenciones, porque el protocolo cuidó de que la representación de España estuviese en un sitio siempre preferente, incluso en la gran comida que se dio al final, se me hizo levantar a los postres para saludar, especialmente en la mesa en que estaba Su Majestad. Todo el mundo tomó aquello como un gesto de afecto y consideración hacia España.

No le he vuelto a ver más, salvo en una montería, muchos años después, en que, acompañado por el Jefe del Estado, los monteros le saludamos. Al terminar la montería se marchó y no le vimos más. Esos han sido los dos contactos que había tenido yo con el Rey de Marruecos. Es verdad que en uno y otro estuvo afectuoso conmigo. En el primero consideré siempre que más que a José Solís, que era poca cosa y al que no conocía, al que distinguía era al representante de España en aquel momento. A mi llegada en la recepción

de la mañana, el Rey me preguntó por la salud de Franco, indicándole que había tenido una recaída, y estaba gravemente enfermo. El dio muestras de condolencia y dijo que Franco tenía un amigo en el Trono de Marruecos, por la ayuda que España prestó a su padre cuando llegó al Trono. Y, por otra parte, sabía también que tenía en él un amigo el pueblo saharauí. Me preguntó por otras cosas sin importancia; hablamos de la reunión que íbamos a tener y él señaló el programa: comeríamos con los Ministros y después de comer, a las cuatro y media, me recibiría. La comida con los Ministros fue agradable, serían seis, muy preparados todos ellos, pues, como sabéis, estaban educados en Francia; pero también al principio con frialdad, porque en aquel momento la frialdad de Marruecos con España era mucha y posiblemente también, como es natural, la frialdad de España con Marruecos. La comida se desarrolló, como es natural y como yo quise que fuera y sin adentrarnos en absoluto en la misión que a mí me llevaba allí y mucho menos en discutir otros problemas para los que yo no tenía facultades ni era el hombre competente. Fue una comida normal. Hablamos de todo. Se fue deshaciendo el hielo un poco y terminamos la comida siendo mucho más amigos y de manera más agradable que cuando la iniciamos.

A las cuatro y media nos recibía Su Majestad, y entramos. A Su Majestad le acompañaban tres personas, entre ellas el que fue Embajador antes aquí en España. A mí me acompañaba Martín-Gamero y el intérprete. Y empezamos a hablar. Expliqué lo que ya he dicho: que el Presidente del Gobierno tenía intención de viajar a Marruecos para iniciar negociaciones sobre todos los asuntos pendientes, pero que la enfermedad del Jefe del Estado había impedido ese viaje y que de madrugada había decidido que yo fuese a hablar con él. Mi misión era solamente indicarle la gravedad que suponía para España la «Marcha Verde», el peligro de un enfrentamiento, peligro cuyas consecuencias no podríamos calcular porque en las guerras se puede ganar incluso la primera batalla, pero no se sabe cómo ni cuándo concluyen, y que, por otra parte, era absurdo el enfrentamiento entre nosotros cuando podíamos entender-

nos, así como el peligro que supondría una guerra en un lugar tan específico y determinado.

Le dije que, en nombre de nuestro Gobierno y de nuestro Presidente, le proponía que paralizase la «Marcha Verde» o que la demorase porque suponía, y era cierto, que tendría todavía mucho por organizar: los suministros, los transportes, la sanidad. La contestación fue hecha de forma tajante: «Imposible. Ya no es hora. La «Marcha Verde» tiene que salir con todas sus consecuencias. Pero la «Marcha Verde» es una marcha pacífica, no es con armamento. Se llegará hasta el Aaiun; irán 400.000 ó 500.000 personas; nos acompañarán representaciones de todos los países árabes y prácticamente de todo el mundo». Efectivamente, allí había representaciones o grupos de muchos países europeos e incluso, ya lo hemos visto, de Norteamérica. El me dijo que era imposible, que la «Marcha Verde» tenía que llegar al final. «No deben temer ustedes —agregó— porque no vamos a ocupar el territorio, vamos pacíficamente a confraternizar con vuestros soldados».

Yo le indiqué que —aunque en Derecho internacional no era un hombre muy experto, por ser abogado algo conocía— como él sabía, una invasión de un país lo mismo se realiza con un Ejército que con una población aparentemente desarmada, y que entre esa población de 400.000 ó 500.000 personas, las que fuesen, podrían ir gentes de todas intenciones, sobre todo pequeñas minorías que tratarían de provocar un conflicto con nuestro Ejército. Por otra parte, las órdenes que tenía nuestro Ejército eran terminantes: no se pasaría, no sería posible pasar y se emplearían toda clase de medios. Además estaban aquellas miles de minas que se habían plantado y que podrían provocar una verdadera catástrofe, de la que se culparía exclusivamente a España. Entonces, endureciendo todavía más su gesto, me dijo que él estaba molesto con España. Me fue explicando que en el año sesenta y tantos tuvo una conversación con un Ministro de Asuntos Exteriores de nuestro país y que al final España no hizo nada de lo que se le había prometido. Entonces, interrumpiéndole —aunque me habían dicho que a los reyes no se les interrumpe nunca, pero yo creo que hoy día las cosas

han cambiado un poco (*Risas*)—, dije: «Majestad, eso es historia». «¿Historia?», me preguntó él. «Historia, Majestad», le repliqué. Agregó: «Años después, otro Ministro de Asuntos Exteriores tuvo conversaciones conmigo y me manifestó tal y tal cosa». Repetí otra vez: «Majestad, eso es historia». Y así hasta cinco veces. Pero la verdad es que no había manera, porque él me reiteró: «Solís, ¡imposible! La "Marcha Verde" se pondrá a andar a la hora prevista, y yo al frente. Mi propósito es llegar hasta el último confín del Sahara».

En aquel momento, si yo hubiese sido diplomático, tendría que haberme levantado, haber saludado y marcharme. Es natural, me habían dado calabazas. (*Risas.*) Pero yo pensé inmediatamente en las madres de los hijos que estaban en el Sahara, pensé en nuestros hijos y por las caras que veo, quizá sin saberlo, en alguno de vosotros, que entonces estabais seguramente en edad militar. (*Risas.*) Pensé, asimismo, que tendríamos que hacer una guerra, y, francamente, yo tenía que agotar hasta el último cartucho. Me acordé de que había nacido en Córdoba y, entonces, también con frialdad, dije: «En el año 1700 (no recuerdo bien el número que pronuncié), cuando se ocupó Córdoba y nuestra vieja iglesia, nuestra vieja catedral fue transformada en mezquita...». Y conté algunas de las cosas que yo sabía de la historia cordobesa de entonces, e incluso algunas de mi mismo pueblo, donde tuvimos, como casi toda España, la ocupación árabe. Seguía contando estas historias, me miró Su Majestad sonriendo, y yo pensé que él pensó: Ya sabía yo que con este cordobés no podría. Las cosas cambiaron por completo. Le dije: «Majestad, durante trece siglos hemos combatido entre nosotros, hemos combatido en común, hemos escrito historia, hemos mezclado la sangre. ¡Cuántas y cuántas cosas podríamos decir a favor y en contra de un entendimiento o de una enemistad! Mi propósito, la misión que traigo aquí es la de que olvidemos la historia de estos tres, cinco, diez años y de trece siglos y que vayamos pensando en un entendimiento cara al mañana y en una posibilidad de que nuestros hombres no tengan que enfrentarse». La situación, repito, cambió por completo. Empe-

zamos a hablar, a ver cómo se podría hacer y después de hora y media o cerca de dos horas de conversación, él me dijo: «Solís, yo le garantizo que dentro de cuarenta y ocho horas un emisario mío, con funciones y con atribuciones —porque no me puede exigir que yo improvise la solución de todos los problemas que tenemos—, llegará con consignas concretas para poder iniciar unas negociaciones».

Naturalmente, me despedí. Mi objetivo estaba cumplido. No había nada más que aquello en el encargo que yo había recibido. Yo, por otra parte, no era el negociador, ni era de mi competencia ni tenía, posiblemente, la preparación para adentrarme en todos los problemas que España tenía en aquel momento pendientes con Marruecos, y me dirigí al aeropuerto. Ocurrió en el aeropuerto algo que voy a contar, porque tampoco conviene dar a estas sesiones una sensación de excesiva seriedad; son reuniones normales entre personas que nos contamos las cosas. (*Risas.*) Cuando llegué al aeropuerto vi venir hacia mí, muy serio, al Primer Ministro, acompañado del Ministro de Defensa, del Ministro del Interior, del Jefe de la Casa Militar... Y yo pensé: La hemos fastidiado; se ha arrepentido. Y me quedé preocupado porque viniesen a decirme que, de lo dicho, nada. Pero no fue así. Me dieron un mal rato. Venían a darme el pésame porque, a través del Departamento de Estado norteamericano en las Naciones Unidas, se había dicho que Franco había muerto —Piniés posiblemente lo recordará—. Naturalmente, yo subí al avión con ese dolor, pero, no sé por qué —quizá porque uno, por veteranía, va teniendo mucho olfato— me dije: ¿Y si esto no es así? Y me puse a escuchar en el avión radios diversas. Córdoba cantaba flamenco, Cataluña en catalán, Valencia sus célebres pasodobles, y yo pensé: Franco no ha muerto, porque si Franco hubiese muerto, estas estaciones estarían en otra situación distinta de la en que están transmitiendo. Y, efectivamente, al llegar al aeropuerto, había un telegrama de Su Majestad en que me indicaba que perdonase, que había sido una información errónea a través del Departamento de Estado norteamericano, que éste ya había rectificado.

Lo que ocurrió después, ya lo sabéis: Vino

el Ministro de Asuntos Exteriores, que se encontraba en las Naciones Unidas y fue llamado urgentemente; después, el Primer Ministro y el Ministro de Asuntos Exteriores de Mauritania; se nombraron unas Comisiones, de las que ya habéis oído hablar aquí estos días; una con el Ministerio de Industria, otra con el Ministerio de Comercio y una última con la Presidencia del Gobierno, con los técnicos correspondientes. Aquello ya no era de mi competencia. Fueron llegando a unos acuerdos específicos, que habréis conocido en gran parte y que anoche leía yo en la Prensa, que dio cuenta de ello. Por otra parte, se firmó un pacto, acuerdo o declaración, que de manera extraordinaria, e infinitamente mejor que yo, nos han explicado aquí varios señores que han comparecido, y también anoche el señor Cortina.

Esta es la realidad en cuanto a mi participación en toda esta situación. Me cabe la satisfacción interna de que, modestamente, como todos mis compañeros de Gobierno, como el Presidente, contribuí a salvar una situación delicada, grandemente delicada, porque yo, señores, equivocado o no, estaba convencido de que íbamos a la guerra, con todas sus enormes consecuencias, cuando el Jefe del Estado estaba agonizando, cuando el Rey era Príncipe de España y, sobre todo, en una situación del mundo que para nada era conveniente.

Yo no quiero ocultar —y espero que no se me enfade nadie que sea muy amigo de las Naciones Unidas— que lo que yo observaba entonces en la ONU eran intereses e influencias diversas. Por una parte, observaba que había naciones a las que históricamente no les somos simpáticos. Ya sabéis que cuando vamos a algunas de ellas, a veces encontramos en sus cafés muñecos que son soldados españoles ahorcados y que están colocados allí desde hace siglos, y en las plaza de su capital hay una placa bastante insultante para los españoles. Observé, digo, que, por razones históricas, muchas naciones no nos tenían simpatía. (*Rumores.*) Otras veces me daba a mí la impresión de que, por razones políticas, les producía cierto regusto que Marruecos y nosotros tuviésemos una guerra; posiblemente —con toda franqueza, lo digo—,

porque Marruecos y nosotros, sobre todo nosotros, teníamos un régimen que a ellos no les era muy simpático, y me daba la impresión de que eso influía bastante. Pero lo que más me dolía era que yo tenía también la sensación de que razones económicas poderosas influían para que, de vez en cuando, hubiese una guerra, a fin de que determinados grupos de intereses puedan vender sus productos y armamento, porque, desgraciadamente, la guerra lleva prosperidad y beneficios a algunos sectores de nuestro dichoso mundo.

Lo cierto es que no observaba a nadie de buena voluntad que quisiera poner las manos en algo que podría resolverse, y no encontrábamos en dónde apoyarnos.

Los acontecimientos posteriores los conocéis mejor que yo. El tiempo ha pasado. Unas cosas han salido bien y otras han salido mal. Pero fijaros bien: se ha dicho aquí, lo habéis dicho todos, que la llamada descolonización no ha terminado. Tan no ha terminado que hace poco habéis firmado vosotros un Acuerdo que también está enlazado con esto, y habéis tenido vuestras cosas. (*Risas.*) Por tanto, no cabe duda de que no es tan fácil, después de llegar a un acuerdo, desarrollarlo, porque cuando se desarrolla un acuerdo se tropieza con pareceres distintos, con pareceres diferentes, y todavía quedan muchas cosas por hacer.

Yo he visto que en estos días, aunque al principio nos mirabais como bichos raros y os costaba trabajo hasta darnos los buenos días, poco a poco se ha ido rompiendo el hielo, nos hemos conocido, y yo os digo que he llegado a tomaros un poco de afecto... (*Risas.*) Yo os recomiendo que sigáis trabajando para desarrollar ese Acuerdo, no vaya a ser que cuando haya nuevas elecciones —si las hay— (*Risas*) vengan aquí otros Diputados y os sienten a vosotros donde yo estoy y os pregunten también qué habéis hecho, porque, ¡Señor mío!, no vaya a ser que estéis perdiendo el tiempo. Es decir, que sobre aquellos acuerdos hay que hacer muchas cosas aquí, en España, en contacto con Marruecos y en las Naciones Unidas, que tienen mucho que hacer y donde, naturalmente, tenemos buenos representantes. Yo creo que podemos avanzar y perfeccionar lo que entonces se hizo.



Yo no soy beato, pero sí cristiano, y pido a Dios todos los días que os ilumine, y de verdad me alegraría que lo hicieseis mejor que lo hicimos nosotros, porque, modestamente, yo trabajé en puestos para los que posiblemente no tenía la formación suficiente, pero puse toda mi voluntad; trabajé para que España fuese mejor, y era lo que a mí me guiaba. Por tanto, pido a Dios que os ilumine a vosotros para que España vaya también mejor.

Veréis que cuando la Prensa viene a mí, no os ataco, ni tampoco formo parte hoy —no sé si para siempre— de ningún partido. En fin, yo deseo, sinceramente, que las cosas vayan bien. Después de estas reuniones, creo que vosotros habréis conocido la realidad de todo, aunque un periódico —yo les tengo mucho respeto a los periódicos— decía: «¡No se ha descubierto nada!». ¡Pero si no hay nada que descubrir! Las cosas son como son, y aquí se ha explicado todo. Ya tenéis una información totalmente exacta. Si algo más queréis preguntar, nos podéis llamar particularmente cualquier día, y os contaremos si alguna cosa ha quedado pendiente. (Risas.) Nos hemos puesto a vuestra disposición para todo cuanto haga falta. Por tanto, ya tenéis la información correspondiente para ver si alguna de las cosas que todavía hay que hacer se puede llevar a efecto, y si algunas cosas, que posiblemente salieran mejor o peor, se pueden mejorar. Pero lo que os garantizo es que pusimos —y aquí se ha dicho— nuestra buena y gran voluntad. Efectivamente, tuvimos presente a nuestro Ejército. Además, yo tuve también muy presentes a las madres españolas, a cuyos hijos hubiésemos tenido que sacrificar por nada. Y digo por nada porque cuando me preguntó un periodista qué opinaba yo de aquella guerra si se hubiese llevado a cabo, le dije que, para mí, hubiese sido inútil, imposible e impopular.

Inútil, ¿por qué? Porque después de hecha no hubiese servido para nada. Una vez terminada, hubiésemos estado, con una u otra suerte, en el mismo lugar donde la empezamos: teníamos la administración de un territorio que teníamos que devolver. Incluso yo pensaba, y lo decía de broma, que si hubiésemos cogido prisioneros los hubiésemos tenido que

alojar en nuestras casas, porque, ¿qué íbamos a hacer con ellos? ¡Tendríamos que haberlos devuelto! Una guerra inútil.

Imposible, porque, señores, una guerra en estos momentos del mundo, donde hay tantos intereses, no todos confesables, mueven muchas veces a las naciones, donde se aprovecha cualquier conflicto para arrimar el ascua a una u otra sardina y tantas veces con fines no justos; pero hacer una guerra teniendo el pecho hacia el desierto y la espalda al mar, a miles y miles de millas de la Península, qué dificultades hubiese tenido! A mi juicio, con todos los respetos, hubiese sido una guerra prácticamente imposible.

Y luego, impopular, totalmente impopular. Por un pedazo de nuestra Patria yo estoy seguro de que todos los españoles estamos dispuestos a entregar y a ofrecer a nuestros hijos, e incluso los que tenemos más edad, a participar también en aquello que nos hubiese sido posible, pero no por algo que habíamos dicho en las Naciones Unidas que no era nuestro, que teníamos solamente la administración, que lo queríamos entregar, pero no había manera de encontrar la posibilidad de que nos dijese cuándo, cómo y en qué condiciones, porque se retrasó un año el referéndum, que es una de las causas fundamentales de que estemos aquí. ¿No creéis que esa guerra, posiblemente, no la hubiese ni siquiera permitido el pueblo español, y hubiésemos tenido dentro de España sus consecuencias?

¿Que hubiese sido de nuestro Ejército, hoy magnífico, si hubiera regresado a España deshecho y derrotado? Tampoco quiero hablar de ello. Todo eso es historia. Todo eso ya ha pasado. Todo eso se superó. ¿Que pudo hacerse de otra forma? ¿Que podía haber otras soluciones? En el mundo, y en todo acontecimiento, hay soluciones diversas, pero el político tiene que escoger una, aquella que considere mejor en aquel momento, la que pueda resolver más rápidamente la situación. Por eso —y siento un respeto impresionante por ellos— he dicho muchas veces que los intelectuales no sirven para la política porque tienen tantas soluciones para todo que no se deciden por ninguna. (Risas.) El político tiene que decidirse. Y aquel Gobierno, ante aquella situación gravísima en la que estábamos —la más grave

en que España se ha visto en los últimos cincuenta años—, tuvo que tomar una determinación precipitadamente y la tomó.

Por otra parte, anoche, y estos días, tanto el señor Piniés como el señor Carro, así como el que fue entonces Ministro de Asuntos Exteriores y otros, han ido explicando el contenido, el alcance, la intención y el propósito de esa declaración de Madrid.

No os digo más. No tengo más que deciros. Ya sé que esperabais de mí otras cosas. Pero ¿acaso queréis que invente? Os engañaría. Yo he dicho lo que hice: Se me indicó: ¿Quieres salir? Contesté sí a la orden. ¿Qué iba a decir? Lo que hubieseis dicho vosotros. Se me indicó: Procura que te reciban. Con la ayuda del Embajador y de Cortina, se me recibió. Se me manifestó: Procura que la «Marcha Verde» no salga. Salió. (Risas.) Conseguí, al menos, los veinte días para poder negociar. Ese era mi objetivo, y pudimos hablar y cambiar impresiones.

Esa fue la modesta participación de este hombre que, ya os he dicho, se siente orgulloso de lo que hizo y totalmente compenetrado con el Gobierno al que perteneció y que, por otra parte, puso en ello, como siempre, su mejor voluntad, como todos vosotros estáis haciendo ahora y como mis compañeros hicieron.

De momento, nada más, porque lo interesante no es lo que yo dijese, sino lo que vosotros vais a preguntar. Sí os ruego que las preguntas sean un poco más concretas que ayer. De vez en cuando pronunciabais vosotros un discurso que no había manera de contestar. (Risas.) Concretad, porque es muy difícil contestar cuando le distraéis a uno. Si concretáis, aunque me encuentro un poco bajo de forma, y lo notaréis por mi manera de expresarme (Risas), estoy dispuesto a estar aquí, no diré muchos días, porque creí que con la lentitud de ayer me ibais a privar de la Semana Santa (Risas), pero sí el tiempo preciso.

El señor PRESIDENTE: Señores Diputados, si éste es un día malo para Solís, cómo será y cómo estará los días buenos. (Risas.)

Se suspende la sesión hasta las once y media, para así poder recibir las preguntas y luego tener tiempo para ordenarlas.

*Se reanuda la sesión.*

El señor PRESIDENTE: Vamos a reanudar la segunda parte de la sesión informativa con el ex Ministro don José Solís. Los distintos representantes de los Grupos Parlamentarios pueden hacer uso de la palabra, aunque voy a solicitar, porque el Grupo Comunista me lo ha pedido, que, por favor, sea en esta ocasión el primero en intervenir. Voy a pedir a la representación del Grupo Comunista que formule sus preguntas.

La señorita CALVET PUIG: Gracias, señor Presidente, señor Solís, gracias por atender a mi ruego. Debo pedir disculpas porque después me ausentaré de la sala, ya que a las doce de la mañana está convocada la reunión interparlamentaria, que me obligará a ausentarme de este ameno debate que nos está dando el señor Solís. En primer lugar quería decirle que en su primera intervención me ha extrañado que dijera que cuando puso la radio al salir de Marruecos tuvo la oportunidad de oír emisoras en catalán, porque en aquella época había pocas emisoras en Cataluña (Risas.) Y era casualidad que tuviese oportunidad de oírlas. Me alegro de veras.

Sin más, pasaré a las diferentes preguntas. En primer lugar quería preguntarle, porque es un dato que de alguna manera ha estado dando vueltas alrededor de los debates de estos días, pero que hasta este momento no hemos profundizado en él y estoy segura de que el señor Solís no tendrá inconveniente en hablar de ello, quería preguntar si influyó en algo la enfermedad del Jefe del Estado en el desarrollo de los acontecimientos.

El señor SOLIS RUIZ: La enfermedad del Jefe del Estado influyó en todo, en los acontecimientos y en toda la vida política española.

La señorita CALVET PUIG: Esperaba, quizá, una respuesta más concreta.

El señor SOLIS RUIZ: En mi opinión, influyó en la vida política española y en los acontecimientos. Es natural, el Jefe del Es-

tado estaba gravemente enfermo, el Príncipe no era Rey, teníamos una situación de transición y todo esto influyó en los acontecimientos.

La señorita CALVET PUIG: Muchas gracias, señor Solís. Por lo que usted ha explicado, la «Marcha Verde» fue un momento decisivo para entablar negociaciones con Marruecos y llegar a un acuerdo tripartito. Siendo usted en aquel momento Ministro, queríamos preguntarle cuándo y cómo se enteró de la preparación de dicha marcha. En todo caso, le voy a hacer las tres preguntas seguidas, porque están muy relacionadas.

El señor PRESIDENTE: Conforme.

La señorita CALVET PUIG: La segunda pregunta es, si además de la suya, conoce otras gestiones que el Gobierno hubiera hecho para impedirlo. Y la tercera, si no cree que negociar bajo la opresión de la «Marcha Verde» y pactar con Marruecos fue un estímulo a las ambiciones imperialistas del Rey de Marruecos que pueden llevarle —como hemos preguntado a otras personas que han pasado por aquí— a intentar repetir la jugada en Ceuta, Melilla y quizá también en Canarias.

El señor SOLIS RUIZ: En cuanto a cuándo me enteré de la preparación de la marcha, no sé el día ni la hora. Me enteré por la prensa. En el Consejo de Ministros se hablaba de ello; nos enteramos por uno y otro camino. ¿Dónde y cómo me enteré? No puedo afirmarlo. Nos enteramos todos los españoles a la vez, porque hubo un despliegue de corresponsales (que, por cierto, fueron muy eficaces porque llegaron muy pronto) que estaban enterados de todo y nos informaron a todos los españoles. En el Consejo de Ministros también se habló de la «Marcha Verde». El Embajador también nos informó y tuvimos informaciones por varios conductos. Pero del día y de la hora no me acuerdo.

En cuanto a la otra pregunta: ¿Conoce otras gestiones que el Gobierno haya hecho para impedirlo, además de la suya?, el señor Martín-Gamero explicó detallada y muy acertadamente, a mi juicio, las diversas gestiones.

El señor Piniés, conociéndolo también, hizo gestiones que explicó detenidamente. El señor Cortina explicó también gestiones que a través de su Ministerio correspondían. El Ministro de la Presidencia nos informó que, después de mi viaje, el suyo tuvo por objetivo indicar que la «Marcha Verde» había que pararla.

No sé por qué las negociaciones se interrumpieron unos cuantos días. Por ello hubo gestiones por todos los conductos y caminos. Supongo yo que también se hicieron gestiones —yo no las conozco— a través de otras muchas Embajadas europeas, de los países árabes, etc. Se hicieron gestiones por toda clase de conductos que nuestra diplomacia y la política tiene.

Sobre la pregunta: ¿No cree que negociar bajo la opresión de la «Marcha Verde» y pactar con Marruecos...?, olvidé decir que una de las cosas que me indicó el Presidente del Gobierno que dijese a Su Majestad es que nosotros no podíamos iniciar ninguna conversación ni ninguna negociación bajo la presión de la «Marcha Verde». Era imprescindible que desapareciese la «Marcha Verde» para que nos pudiésemos adentrar para discutir los problemas que España en aquel momento tenía planteados con Marruecos; me parece que se ha repetido eso aquí, y creo que el señor Carro también se ha referido a ello.

Efectivamente, con la presión no se podía negociar. Pero con libertad o sin ella, ahí estaba la «Marcha Verde» y se hizo lo que se pudo.

En cuanto a lo que me dice de si hay intenciones y ambiciones imperialistas del Rey de Marruecos y tal y cual y que pueda llegar a intentar, etc.; en fin, yo no soy Rey de Marruecos para poder contestar. (Risas.) Eso, que lo conteste el Rey. Es una pregunta que no puede venir dirigida a mí. Espero que alguna vez seamos lo suficientemente sensatos en este dichoso mundo para que, en vez de ir peleándonos unos con otros podamos entendernos. Yo tengo la esperanza que esas Naciones Unidas (quizá me pasé un poco diciendo que no creía en ellas —tanto como no creer!—, pero la verdad es que mucha fe no tengo) mejoren mucho. (Risas.) ¡Hay que ver el esfuerzo que está haciendo el señor

Piniés y los años que lleva haciéndolos! Yo lo he visto.

Rogaría una cosa: que no vayan a las Naciones Unidas. *(Risas.)* Lo digo en serio. Yo tuve mala pata cuando fui: llegué y me encontré a un señor, a un gran orador un poco de finales de siglo —me parece que era el Ministro de Asuntos Exteriores de Perú—, que iba a pronunciar un discurso. Pronunció un discurso maravilloso, que afectaba históricamente a España. Entré y me di cuenta de lo que allí ocurría muchas veces. Esto no debía decirlo, porque luego sale en la prensa y se busca uno más enemigos, pero, en fin, lo voy a contar. *(Risas.)* Llegué allí y me encontré con aquel señor pronunciando un discurso imponente, con un tono elocuentísimo, dándose impresionantes golpes en el pecho. *(Risas.)* Pero enfrente había tres o cuatro señores de la Embajada y los tres o cuatro que me acompañaban a mí. Luego me di cuenta de que muchas veces los discursos que se pronuncian allí a lo mejor son pronunciados no para que los oigan allí, sino para que se escriban o se publiquen en las respectivas naciones. Me llevé una gran desilusión, porque luego subí al bar y allí sí que había mucha animación.

Tuve mala pata. *(Risas.)* No cabe duda de que viví un momento de las Naciones Unidas que me desilusionó un poco. Yo espero que mejoren; estoy seguro de que ese organismo vá a ir hacia arriba. *(Risas.)*

La señorita CALVET PUIG: Muchas gracias, de veras. Me sabe mal tener que ausentarme de la sala.

El señor OTERO MADRIGAL: Para una cuestión de orden, señor Presidente.

Como Diputado de la Cámara y como ex funcionario de las Naciones Unidas, que conoce este organismo por dentro desde el año 1958, quiero que conste mi protesta en las actas por lo que acaba de decir el señor Solís, que no tiene nada que ver con la realidad de las Naciones Unidas.

El señor PRESIDENTE: Que consten en acta las manifestaciones del Diputado señor Otero.

Tiene la palabra el señor Solís.

El señor SOLIS RUIZ: Estoy de acuerdo, pero también he de decir que estamos en una democracia y, por tanto, cada cual puede opinar como crea conveniente. De momento, opino que, la verdad, aquel organismo no me ha gustado, ¡para qué voy a mentir! *(Risas.)*

El señor PRESIDENTE: La representación del Grupo Parlamentario de Unión de Centro Democrático tiene la palabra.

El señor LASUEN SANCHO: Señor Presidente, señores de la Mesa, como es ya habitual en estas reuniones, quiero agradecer al señor Solís su presencia en el debate, especialmente dado el estado de salud en que se encuentra, según él ha manifestado.

La Unión de Centro Democrático agradece al señor Solís la detallada y amena presentación de sus conversaciones con el Rey Hassan de Marruecos, que creo han iluminado parcialmente la zona de sombra que todavía resta, a nuestro entender, en el proceso de descolonización del Sahara y que se centra entre septiembre y el 14 de noviembre de 1975.

Y dado que el señor Solís es la única persona que queda por informarnos, deseamos formularle una serie de preguntas con el objeto exclusivo de aclarar este período de sombra. Período de sombra que aumentó debido a las informaciones que a última hora de ayer nos expuso el señor Cortina y que a causa de los defectos de procedimiento, que son imputables precisamente a los portavoces de los Grupos Parlamentarios y a la presión temporal, no pudimos precisar con suficiencia, a pesar de las advertencias en sentido contrario del Presidente de la Mesa. Por eso hoy nos vemos obligados a hacer una serie de preguntas extensas, señor Solís, muchas de las cuales no son de su estricta competencia y sobre las que deseamos respuestas que pueden ser breves, pero que le solicitamos con el máximo interés, ya que es la última oportunidad que nos queda para clarificar este período.

Hemos intentado hacer las preguntas de la forma más simple posible sin documentarlas, como podemos hacerlo, con las actas y las declaraciones hechas por otras personas en esta Comisión, y lo podremos hacer si así

lo desea el señor Solís, pero, en definitiva, lo que queremos es su opinión política sobre los extremos que han quedado confusos en este período, aunque no tenga un conocimiento directo porque no fueran de su estricta competencia.

Las preguntas son las siguientes: ¿Es cierto, señor Solís, que a pesar de la tensión política interna durante el mes de septiembre de 1975 el Gobierno español mantuvo íntegra la política de autodeterminación del Sahara que había elaborado el año anterior?

El señor SOLIS RUIZ: Sí, yo lo he oído aquí en esta Comisión reiteradamente. Lo hemos oído todos. Sí.

El señor LASUEN SANCHO: Muchas gracias. ¿Es cierto que ante la firmeza española durante el mes de septiembre el Rey Hassan reaccionó aumentando la presión militar y diplomática que ya ejercía y anunció para ello la «Marcha Verde» el 16 de octubre de 1975?

El señor SOLIS RUIZ: Desde luego. No hay duda de que reaccionó y la «Marcha Verde» fue un elemento de indudable presión.

El señor LASUEN SANCHO: Muchas gracias. ¿Es cierto que a pesar de la nueva presión el Gobierno Español no cambió de criterio y pidió para robustecer su postura la convocatoria de los Consejos de Seguridad del 20 y 22 de octubre?

El señor SOLIS RUIZ: Creo que esto quedó muy claro. Naturalmente, no es cosa de mi competencia, ni soy técnico en ello. Quedó claro en las intervenciones de los señores Piniés, Cortina y Carro, que fueron los que contestaron a ello y dieron su opinión, que está en acta y a la que tendremos que atenernos. Yo no podría opinar concretamente porque podría disentir o interpretar su pensamiento y el pensamiento justo y reglamentario es el suyo, que, naturalmente, yo respeto.

El señor LASUEN SANCHO: Muchas gracias. ¿Es cierto que ante la imprecisión de las primeras resoluciones del Consejo de

Seguridad y la enfermedad súbita de Franco en esas mismas fechas, en Consejo de Ministros de 20 de octubre se cambió de política y se decidió explotar un acuerdo directo con Marruecos que cumpliera, por supuesto, las resoluciones de las Naciones Unidas, acuerdo directo hasta entonces rechazado?

El señor SOLIS RUIZ: Con permiso del señor Otero, sí. Efectivamente, las impresiones de las Resoluciones de las Naciones Unidas influyeron un poco en la postura del Gobierno.

En cuanto al cambio de política, ayer se explicó muy claramente; los señores Piniés, Carro y Cortina —todavía están frescas las palabras de este último— explicaron lo que en realidad fue el llamado cambio de política que él indicaba muchas veces y que vimos ayer que fue el fortalecimiento de parte de lo que nosotros habíamos dicho, sobre todo en cuanto a la población española, en cuanto a la Administración, en cuanto a lo que era la soberanía, etc. Sería absurdo tratar de corregir las palabras del señor Cortina que, aparte de haber sido Ministro de Asuntos Exteriores, es un gran jurista, como bien sabemos.

El señor LASUEN SANCHO: Muchas gracias. ¿Es cierto que ese Acuerdo de principios del 22 de octubre con el Rey Hassan tuvo considerables dificultades de concreción entre el 24 de octubre y el 2 de noviembre, como consecuencia de las exigencias del señor Laraki, que fueron básicamente la no interrupción de la marcha y la transferencia del territorio de España a Marruecos, posiciones que eran inaceptables para España porque incumplían el marco del mandato de la Asamblea General?

El señor SOLIS RUIZ: Creo que de este punto no estoy muy enterado. No estuve muy al tanto en estas conversaciones. Ya se refirió a ello ayer el señor Carro cuando dijo que su visita tenía por objetivo fundamental el conseguir la paralización de la «Marcha Verde» para poder continuar las negociaciones entabladas, y que se habían interrumpido precisamente por ello. El nos dijo que la «Marcha Verde» se paralizó y que las con-

versaciones continuaron. La verdad es que estos detalles no son de mi competencia ni estoy enterado. Si no, lo diría, pero no quiero esquivar.

El señor LASUEN SANCHO: La respuesta es satisfactoria, señor Solís, para nuestros propósitos.

Señor Solís, ¿es cierto que el Gobierno español ante estas dificultades del señor Larakí pidió de nuevo la convocatoria del Consejo de Seguridad del 2 de noviembre en sus varias sesiones para presionar al Rey de Marruecos, a fin de que aceptara las propuestas de España tal y como las explicitó ayer el señor Cortina?

El señor SOLIS RUIZ: Veo que me van a tener que nombrar Ministro de Asuntos Exteriores, porque de verdad que de esto entiendo muy poco. Esto es precisamente lo que escuchamos del señor Piniés, con toda su terrible responsabilidad y su impresionante competencia. Escuché esto del señor Piniés y no tengo por qué opinar de ello, aparte de que no es de mi competencia y de que sería una falta de consideración, de respeto y de compañerismo.

El señor LASUEN SANCHO: Muchas gracias: ¿Es cierto que del 2 al 6 de noviembre, por su parte, Marruecos continuó la escalada de presión militar psicológica, etc., que se concretó, finalmente, en el ultimátum verbal de Benhima a nuestro Embajador, señor Martín-Gamero?

El señor SOLIS RUIZ: Efectivamente, lo dijo el señor Martín-Gamero. Le conozco y, por tanto, lo creo, porque él lo afirmó de esa manera. No puedo nunca dudar de lo que dijo en este caso el señor Martín-Gamero.

El señor LASUEN SANCHO: Muchas gracias. ¿Es cierto que el Gobierno español rechazó parcialmente el ultimátum gracias a la presión que sobre Marruecos supusieron los acuerdos del Consejo de Seguridad del 6 de noviembre, especialmente la declaración del Presidente Malik y la resolución de las últimas horas de la mañana?

El señor SOLIS RUIZ: No lo sé, y prometo aprenderme algo más de las Naciones Uni-

das para una próxima vez que venga, porque veo que entiendo de ello muy poco. No lo sé.

El señor LASUEN SANCHO: ¿Es cierto que en virtud de ello, del efecto que sobre el Rey de Marruecos tuvieron las posiciones tanto del Gobierno español como del Consejo de Seguridad, se acordó la reanudación de las negociaciones directas entre Marruecos y España en la línea de los puntos admisibles por España; es decir, dentro del marco aceptable por las Naciones Unidas, mediante la visita del señor Carro a Agadir?

El señor SOLIS RUIZ: Sí. El señor Cortina ayer nos aclaró este punto y nos dijo que se tuvieron siempre muy en cuenta los Acuerdos de las Naciones Unidas. Que, naturalmente, el Acuerdo o la Declaración —así me parece que lo llamó él— de Madrid no trata de oponerse, y que respeta los Acuerdos en los que es conveniente. Yo me atengo a lo que nos dijo ayer el señor Cortina.

El señor LASUEN SANCHO: Muchas gracias. ¿Es cierto que en las negociaciones Osmán-Arias anteriores a la firma de la Declaración de Madrid de 14 de noviembre fue esencial la presión de las Naciones Unidas a través de la alternativa Waldheim y que el Secretario General de las Naciones Unidas estuvo discutiendo con las partes interesadas hasta el 13 de noviembre?

El señor SOLIS RUIZ: Vuelvo a repetir que para mí quedó ayer muy claro esto. Indicó el señor Cortina el alcance que habían tenido esas conversaciones con el Sí-hal de la ONU. Nos recordó cómo en Marruecos no había podido llegar en absoluto a ningún acuerdo porque el Rey Hassan se negó y en realidad aquello se quedó en unas sugerencias porque no se puede hablar de unos Acuerdos, ya que no los hubo. Esto fue lo que nos dijo ayer el señor Cortina y yo lo doy por bueno.

El señor LASUEN SANCHO: Muchas gracias, señor Solís.

Finalmente, ¿es cierto que la indefensión actual de los derechos políticos saharauis es tal, como la describió el señor Cortina, fruto

de los errores españoles del 60 al 74, y posteriormente de las presiones o pasividad de los países limítrofes, que antepusieron sus intereses a los saharauis y, en consecuencia, obligaron a España a velar por sus propios intereses con prelación?

El señor SOLIS RUIZ: No puedo opinar sobre esos supuestos errores del 60 al 74, porque no los conozco. Sin duda habría errores, habría aciertos, ¡habría tantas cosas!, porque en política no se acierta siempre, ni tampoco se equivoca uno siempre. Es posible que del 60 al 74 se harían cosas que se creyeran convenientes entonces, y es posible que a la vista de 1978 se pueda considerar que algunas de aquellas cosas fueran errores; pero también debe haber aciertos, porque todo —lo mismo que hacéis ahora vosotros, señores Diputados— se hace siempre con buena voluntad.

En cuanto a posteriores presiones o pasividad de los países, es cierto que —como se ha dicho ya aquí— no recibimos apoyo alguno de los países limítrofes que podían habernos ayudado cuanto fuera posible en el momento oportuno y con la comprensión necesaria. Se dijo ayer que nos encontrábamos un poco solos, y yo he dicho algo esta mañana en relación con la propia población, a la que tanto habíamos ayudado, en relación con los países limítrofes, etc. Lo que quizá faltó fue un poco de buena voluntad entre todos, y, si queréis, también un poco de claridad entre nosotros, es decir, faltó un mayor entendimiento entre todos.

El señor PRESIDENTE: Terminada la intervención de la representación del Grupo de Unión de Centro Democrático, tiene la palabra la representación del Grupo Socialistas del Congreso.

El señor YAÑEZ-BARNUEVO Y GARCIA: En primer lugar, deseo agradecer al señor Solís que haya aceptado la invitación para venir a esta Comisión, como han hecho los demás señores que han comparecido anteriormente, y quiero empezar por decir que esta mañana oí en la radio que el señor Solís decía que tenía que, por ser el último en venir a declarar, nos ensañáramos con él en las

preguntas. Esa no es nuestra intención, ni con él, por ser el último, ni con el primero. Por otra parte, a mí, como andaluz, me hace gracia su gracejo, aunque él lo utiliza como instrumento de distensión, que siempre es bueno.

Quiero hacer al señor Solís dos preguntas, que el señor Solís puede conocer bien, a pesar de su aparente modesta ignorancia de tantas cosas.

Señor Solís, además de haber conocido a Hassan II en el aniversario de la muerte de Mohamed V y en una montería, ¿podría decirnos si mantenía alguna relación empresarial o de negocios con intereses marroquíes?

El señor SOLIS RUIZ: Terminantemente, no. He dicho muchas veces en la prensa que nunca he tenido ni tengo relación empresarial ni de negocios con intereses marroquíes. Hay muchos españoles que los tienen, como es natural, como hay otros españoles que los tienen con Francia, etc., pero yo me he dedicado casi toda mi vida a la política, con un terrible desinterés y, para bien o para mal, no me metí en ningún negocio. Creo que siempre cumplí con mi obligación, y no los tuve entonces ni los tengo hoy. Soy solamente un hombre libre, abogado en ejercicio, que trabaja para alimentar a sus hijos, pero repito que no tenía ni tuve nunca interés de ningún tipo; y no tengo que jurarlo, como hacía ayer Cortina, porque sé que me creéis de sobra. *(Risas.)* En ningún momento he tenido interés de ningún tipo con ningún empresario ni con nada de Marruecos en absoluto. Lo único que me produce preocupación cuando pesco —soy pescador— es que me pueda ocurrir algo. *(Risas.)*

El señor YAÑEZ-BARNUEVO Y GARCIA: Se ha hablado con insistencia de la guerra y de las madres de los soldados, cosa que, dada la concentración de fuerzas y la situación en aquel momento, como ha quedado demostrado en esta sesión, tal eventualidad era bastante improbable; me refiero a la guerra.

Con relación a la alternativa Waldheim, se ha hablado de que ésta era viable, perfectamente posible y, además, más justa. Creo que mi pregunta es crucial en este momento, porque se ha dicho en todas las sesiones que es

ta alternativa era maximalista. Usted mismo implícitamente lo ha estado induciendo. La convicción de nuestro Grupo es que esta alternativa no era real, que había otra que en la de las Naciones Unidas no se llevó a cabo y que era la posible.

El señor PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Solís.

El señor SOLIS RUIZ: Ya he dicho que me habéis cogido en un mal momento, con un estado de ánimo un poco especial. Normalmente, hoy no debía haber venido, porque no me encuentro bien, pero hubiera sido una falta de consideración, que en absoluto está en mi voluntad. Esta mañana debería haber concretado más, pero me encuentro con la cabeza cargada.

Había dos cosas distintas: la eventualidad de una guerra y una «Marcha Verde» que había que frenar. Estaban colocadas a miles y miles de minas, como sabéis, y, por otra parte, ya habéis oído que nuestro Ejército tenía orden terminante de disparar.

Por otra parte, aquella «Marcha Verde», según los corresponsales nos informaron —yo la ví desde el aire—, estaba influida por un impresionante fanatismo que no pararía ante nada. Había allí, por otro lado, representantes de otras muchas naciones, que posiblemente trataban de defender unos intereses que no serían los de los propios marroquíes, ni los propios nuestros. En estas grandes marchas, tan enormes —yo, como veterano sindicalista, entiendo un poco de eso, al igual que los que de vosotros sois dirigentes sindicales—, se mezclan muchas cosas distintas de lo que en realidad se trata de conseguir.

Había la posibilidad de que nuestro Ejército paralizase violentamente la «Marcha Verde». Esto era para mí gravísimo. Impresionantemente grave. Si eso hubiese ocurrido así, estoy convencido, equivocadamente o no, de que después hubiese venido, desgraciadamente, un enfrentamiento, y en las guerras es relativamente fácil ganar la primera batalla, pero, ¿quién gana la última? Sobre todo, ¿para qué pensar en guerras?, ¿para qué pensar en enfrentamientos? Lo tuvimos —yo, al menos, siempre lo tuve— muy presente. Hubiésemos pasado a la historia como unos hom-

bres que no cumplimos con nuestra obligación y no tuvimos presente la posibilidad de evitar una guerra. Así fue, así lo he dicho esta mañana y así lo creo.

En cuanto a la segunda parte de su pregunta, anoche —vuelvo a repetir— nos dijo el señor Cortina, en una magistral lección, que no había alternativa en cuanto a la propuesta concreta del Secretario General de las Naciones Unidas, porque no se pudo materializar, desde el momento en que tenían que estar de acuerdo todas las partes y que Marruecos se opuso terminantemente a negociarla y admitirla. Hubo conversaciones y, por otra parte, la Declaración —siento mucho tener que interpretarla, porque lo haré mal— que se redactó en Madrid estaba influida precisamente por esas recomendaciones que él había hecho, que Cortina incluso nos especificó punto por punto. Cuando terminemos dentro de un rato pediré y en su día leeré detenidamente esa parte del señor Cortina, que a mí también me aclaró muchos conceptos. El indicó que la visita del Secretario de las Naciones Unidas influyó en la redacción del Acuerdo, que él llama siempre Declaración de Madrid. Yo me quedé ayer muy satisfecho de esta interpretación y es la que tengo que admitir.

No es que hubiera dos y decidiéramos una. Había una y otra intentada que no llegó a realizarse, pero que influyó. Eso fue lo que yo interpreté ayer.

El señor PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Marín.

El señor MARIN GONZALEZ: Quiero hacer tres preguntas breves.

Primera: Me imagino que en su visita a Hassan II, además de tomar té, hablarían de política. ¿Le señaló acaso el Rey alauita que de no obtener el Sahara «podía perder la cabeza», según frase explícita del amanuense privilegiado señor Martín-Gamero?

El señor PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Solís.

El señor SOLIS RUIZ: No me acuerdo de haberlo oído.

Lo dije y lo digo otra vez: él no podía en



aquellos momentos y circunstancias detener la «Marcha Verde», en donde estaban de acuerdo no solamente los partidos que apoyasen a su Gobierno, sino también todos los partidos de la oposición y el pueblo entero.

Eso fue lo que naturalmente yo le oí; lo repito y lo reiteraré siempre.

El señor MARTIN GONZALEZ: Está muy claro.

En segundo lugar, le hablo al hombre político, no al hombre con inexperiencia diplomática o internacional, al hombre estrictamente político. ¿Considera que hubiese sido más favorable para el área geopolítica que Hassan II hubiese perdido el trono?

El señor SOLIS RUIZ: Yo soy muy respetuoso con la política de los demás.

Cuando se atacaba tanto a España por su política, yo, en las grandes reuniones que tuve con las centrales sindicales de todo tipo, con partidos políticos, tanto conservadores como laboristas, como con los demócrata-cristianos en Italia, como con la democracia popular, en todas partes decía lo mismo: dejad que cada nación tengamos la política que podamos tener. Respetemos, unos y otros, la política que tenemos; no nos dediquemos a atacarnos por la política ni a influir en la política de los demás; resolved vuestros problemas y no preocuparos de los nuestros, que tenéis muchísimos. Venían dando lecciones —y siguen viniendo—. (Risas.)

Francamente, cada vez que un señor viene aquí a pontificar, que muchas veces no representan nada, y vienen a darnos lecciones de lo que tenemos que hacer —hablo muy en serio—, me duele como español. ¡Que arreglen su casa y dejen que arreglemos la nuestra!

En aquel momento yo no podía en absoluto inmiscuirme en algo que no me correspondía. Marruecos tenía y tiene una Monarquía y, mientras la tenga, yo la respeto como respeto cualquier régimen de otro país del mundo.

Esa es una política internacional de España. Yo, como hombre político, la he respetado siempre. He tenido amigos en muchos países que tenían políticas contrarias a la que España llevaba, y los conservo y no influye en nuestra amistad ni en nuestras relaciones

o nuestra colaboración la diferencia de política. Es la única forma de poderse entender en las naciones.

El señor MARIN GONZALEZ: El problema es que Hassan II sí estaba interfiriendo en la política española, metiéndose en el Sahara, pero éste es un comentario aparte.

En primer lugar, y también me dirijo al hombre político, ¿considera que el régimen feudal marroquí estaba más próximo al régimen de Franco que al actual y ustedes valoraron en el plano político que era más conveniente mantener un régimen conservador en el área que la hipótesis de un Marruecos progresista y un Sahara independiente y también progresista?

En segundo lugar, ¿acaso Francia y Estados Unidos eran, en su opinión, ajenos a esta visión?

El señor SOLIS RUIZ: No tuvimos en cuenta esa situación. Yo, en absoluto. Y voy a decir más.

Si los rozamientos o la posibilidad de un enfrentamiento hubiese sido en un país a quien quiero mucho, por ejemplo, Portugal, que en aquel momento tenía política diferente a nosotros, yo hubiese defendido lo mismo. Todo, menos el enfrentamiento y la guerra. En absoluto influyó esto. Hubiese sido mezquino y bastardo que hubiese influido. Había otras razones superiores y era la necesidad de garantizar la paz y el entendimiento entre los pueblos.

Con cualquier otro país que hubiese tenido política distinta, incluso contraria, yo en ese momento hubiese adoptado la misma solución.

Francia y Estados Unidos, en mi opinión, eran ajenos, aunque no hay lado en el mundo donde no intervengan Francia y Estados Unidos. (Risas.) Algo harían, digo yo, porque tendrían un interés natural, ya que son naciones importantes, potencias poderosas. El Estrecho está ahí y el Mediterráneo también.

Sabéis mejor que yo cómo están las relaciones de las naciones en el mundo. Los bloques, los enfrentamientos y las amistades, todos tratan de influir, aunque yo no veía en realidad influencias ni presiones, ni de Estados Unidos ni de Francia, en ese momento.

El señor PRESIDENTE: Si el señor Marín ha terminado, tiene la palabra el señor Díaz-Marta.

El señor DIAZ-MARTA PINILLA: Señor Presidente, señor Solís, ante todo, quiero decir que yo he sido también, hasta el momento de mi elección como Diputado, funcionario de Naciones Unidas y que me sumo, por tanto, a las palabras que ha dicho nuestro compañero el señor Otero; y que también quiero que conste en acta que me he adherido a esa protesta, de que se haya interpretado a las Naciones Unidas en ese tono tan irreal y, además, un poco jocoso.

Mi pregunta es la siguiente, señor Solís: usted manifestó repetidas veces que no creía en absoluto en las Naciones Unidas, organización la más importante de colaboración internacional y la única que se ocupa de solucionar conflictos entre las naciones. ¿No cree el señor Solís que esa incredulidad y esa desconfianza, seguramente compartida por otros, influyó en que no se explotaran al máximo, y desde el principio, otras posibilidades de solución por vía de la Organización de las Naciones Unidas en la cual estábamos, según ha reconocido, tan bien representados? Esta es mi pregunta.

El señor PRESIDENTE: Que consten en acta las manifestaciones del señor Díaz-Marta. El señor Solís tiene la palabra.

El señor SOLIS RUIZ: Yo le he dicho mi opinión de Naciones Unidas; yo le he dicho que, como ciudadano, me agradecería que fuesen todavía más eficaces; le he dicho que me agradecería que fuesen un poco más rápidas en su tramitación; le he dicho que es una pena que no se aprovechen todas sus posibilidades. Lo que yo he dicho está escrito por muchos políticos del mundo mucho más duramente. Por otra parte, lo que yo he dicho tiene un objetivo sencillo, y es que conviene que reconsidere que el mundo necesita más organizaciones eficaces que las que actualmente tiene. No solamente para casos de conflicto armado, hay infinidad de cosas en las que las Naciones Unidas —no sé si son de su competencia— también deberían llevar a cabo una labor eficaz; la lucha, por ejemplo,

contra el terrorismo; la lucha, por ejemplo, contra la droga; la lucha contra la pornografía; la lucha contra la trata de blancas; la lucha contra los hombres explotados; la lucha contra el hambre del mundo; la lucha contra tantas cosas que llevo en el corazón clavadas, como cristiano, y me agradecería que las Naciones Unidas fuesen más eficaces.

Entonces mi rebeldía, mi sana rebeldía (*Risas*), mi protesta, un poco, es positiva; no es que no quiera, es que quiero que mejoren y me agradecería que lo hicieran, y todos debemos contribuir y ellas mismas. Sé que es muy difícil, es impresionantemente difícil, pero me temo que ocurra igual que con la vieja Sociedad de Naciones, que, desgraciadamente, en un momento determinado no cumplió con aquellas esperanzas que los hombres habían depositado en ella.

Yo lo único que digo y repito es que creo que es un instrumento que hay que revisar, que se ha quedado un poco anticuado —y me lo han dicho allí los propios funcionarios de ellas—, y vamos a ver si mi pequeñísima y modestísima crítica es un pequeño espolique para que las cosas mejoren un poco.

No he querido ofender a nadie y menos a las Naciones Unidas, porque es como si yo diese voces en el desierto: ¡a las Naciones Unidas qué le importa el señor Solís! (*Risas*.) Reconozcamos que las eché de menos en un momento grave de mi patria; las eché de menos; eché de menos los «cascos azules»; eché de menos una presión importante; eché de menos una amenaza a las naciones que se salían de madre. (*Risas*.) Eché de menos implantar una justicia, etc. Las eché de menos; no sé si estoy equivocado, pero las eché de menos.

El señor DIAZ-MARTA PINILLA: Mi pregunta...

El señor SOLIS RUIZ: Si usted quiere, un día nos reunimos, usted me cuenta lo que usted sabe de las Naciones Unidas y yo le cuento lo poco que sé. (*Risas*.)

El señor DIAZ-MARTA PINILLA: No es eso, hay una parte de mi pregunta...

El señor SOLIS RUIZ: Sí. Perdón, siga. Llamamos tantas veces a aquella puerta...

Nuestro Embajador os podría decir cuántas veces llamó y cuántas propuestas hizo. Llamamos muchas veces. Utilizamos las Naciones Unidas en todo cuanto nos fue posible. Vuelvo a repetir, y no porque esté aquí presente, que teníamos allí un hombre preparado y competente que, en el buen sentido, es un martillo-pilón (*Risas*), porque no hay quien lo pare, porque tiene un tesón imponente, como tiene que ser, y no perdió ninguna oportunidad, y por lo que yo supe, independientemente de que alguien tuviese más o menos fe, el Gobierno utilizó, y trató de utilizar y seguramente seguirá utilizando, este Gobierno y el que vendrá después, a las Naciones Unidas. Únicamente un modesto español dice que le agradecería que revisasen su actuación para que fuese más eficaz. No se trata de un insulto, sino un deseo y una modestísima recomendación.

El señor PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Martínez.

El señor MARTINEZ MARTINEZ: Mi pregunta es: ¿Qué criterios, cualidades, conocimientos, experiencias o intereses cree el señor Solís que pudieron influir en su elección para ir a Marruecos a cumplir la misión que aquí nos ha referido?

El señor SOLIS RUIZ: Hombre, listo, listo del todo, quizá no sea; pero tonto, tonto del todo, tampoco. (*Risas.*)

El señor MARTINEZ MARTINEZ: Pero habría otros hombres que tampoco fueran tontos, tontos.

El señor SOLIS RUIZ: Naturalmente, si tenía condiciones para ser Ministro, podía ser uno entre varios. Lo he pensado muchas veces. ¿Por qué? Lo he pensado yo también.

Primero quiero decir algo que aquí se preguntó y ahora no se ha preguntado, pero está relacionado con esta pregunta, si me lo permite el señor Presidente. Durante muchos años de Ministro y después de no serlo, he visto que las naciones mandan a Ministros distintos de los Ministros de Asuntos Exteriores muchas veces para tratar asuntos que afectan a ese Ministerio, porque todo lo que

es internacional les afecta. Primero los mandan para no gastar o quemar a su Ministro de Asuntos Exteriores, luego como adelantados; después, para dejar en reserva al Ministro de Asuntos Exteriores. Y yo, siendo Ministro, he visto muchas veces que ha venido un Ministro de otras naciones con asuntos importantes y que no era Ministro de Asuntos Exteriores.

Por otra parte, yo recuerdo también que, siendo Delegado Nacional de Sindicatos, hace muchos años, hubo un momento muy árido, muy duro, muy fuerte y de una gran incompreensión entre Alemania y nosotros, al terminar la guerra mundial, poco tiempo después, y yo fui el enlace (no lo he dicho quizá nunca) entre el Gobierno español, el Jefe del Estado y el Canciller Adenauer, para tratar de resolver aquellos problemas sobre los llamados bienes alemanes que eran un malentendido entre las dos naciones, que se podía arreglar y se arregló. Y yo no era ni siquiera Ministro.

Hace poco, una persona augusta, a la que yo aprecio en el alma, ha salido con una representación y no era Ministro, y un representante de vosotros, importante, además, y paisano mío, ha salido con una representación y tampoco era Ministro.

Termino, porque me salgo de madre. (*Risas.*)

¿Por qué fui yo? Lo he pensado. Estábamos con unas conversaciones rotas. Francamente, habíamos roto las relaciones, y nuestro Embajador en Marruecos hacía lo posible para que no fuese del todo, pero el momento no era muy bueno. Había que mandar un hombre que pudiese iniciar unas negociaciones. Pensé yo: ¿Se pensaría en mí porque en mi vida política, generalmente, muchas veces inicié muchas negociaciones en el campo laboral, entre unos y otros, y podría influir eso? Quizá se pensó que yo estaba acostumbrado a convencer o a atraer. No sé; lo he pensado. Pero, la verdad sea dicha, yo nunca he sabido por qué. El Presidente lo consultó con la almohada y me llamó a mí. Pudo llamar a cualquiera y, la verdad sea dicha, cualquiera lo hubiese hecho mejor que yo, pero, con todos los respetos, tampoco creo que lo hice mal del todo. (*Risas.*)

El señor MARTINEZ MARTINEZ: La pregunta dice: durante el viaje del señor Solís a Marruecos, ¿tuvo, acaso, indicios o la impresión de que el Rey Hassan contase con instructores extranjeros para el montaje de su «Marcha Verde»?

El señor SOLIS RUIZ: La verdad, no tuve indicios. Lo leí antes y después, principalmente después, pero no tuve ningún indicio, porque no tuve tiempo, ni ése era mi cometido.

El señor MARTINEZ MARTINEZ: ¿Piensa el señor Solís, qué países tradicionalmente amigos de España, o más bien aliados privilegiados de los últimos años, en particular Francia y Estados Unidos, pudieran, en el caso que aquí nos afecta, haber jugado a favor de Marruecos y contra España, influyendo en que se impusiera la tesis marroquí, que era de cesión sin más del territorio en vez de la tesis española, es decir, la autodeterminación de la población saharauí?

El señor SOLIS RUIZ: Dije antes que no tuve conocimiento, y supongo que no sería solamente por razón de mi ministerio, de presiones de Francia ni Estados Unidos, de ninguna naturaleza.

A mí nadie llegó en nombre de Francia ni de Estados Unidos a hablarme, y que yo tenga noticia tampoco a ningún Ministro del Gobierno. Y, desde luego, al Gobierno, no.

El 20 de octubre no se habló para nada de ello, aunque los acuerdos de los Consejos son reservados, no tengo ningún inconveniente en decir que no hubo presiones de este tipo.

El señor MARTINEZ MARTINEZ: Cuarta pregunta que quiero hacerle, y que aunque no la he formulado por escrito entiendo que no tiene mayor gravedad, porque si quiere contestarla puede hacerlo inmediatamente, y que se refiere a una pregunta que planteamos en otra ocasión, de si S. S. durante el tiempo que fue Ministro tuvo ocasión de escuchar y le constaba cuál era la opinión del General Franco con relación al tema del Sahara y, en particular, si S. S. piensa que de no haber sido por la situación de gravísima enfermedad, de eliminación de la vida polí-

tica del General Franco, el desenlace de este problema del Sahara hubiera sido el que fue o lo que había sido la política tradicional en sus últimos años; es decir, la autodeterminación de la población saharauí.

El señor SOLIS RUIZ: El General Franco, el Jefe del Estado, en todo momento tenía muy presente a la población saharauí. Su política se inclinó a favorecerla en lo que era posible.

No es fácil hacer muchas cosas en una población con una vida errante, lo conocen mejor que yo, pero, no obstante, se hicieron muchas cosas. Se llenaba de satisfacción cuando veía las viviendas que habíamos construido, las escuelas que se iban montando e incluso cuando se pusieron en explotación las minas correspondientes de fosfatos y tantas cosas.

El siempre tuvo muy presente a aquella población, de la que él respondía en cuanto a la administración, como se ha dicho, y la defendió en todo momento, etc.

Si él hubiese vivido, ¿qué hubiese ocurrido? ¿Hubiese existido la «Marcha Verde»? No lo sé. ¿Si él hubiese vivido todos los acontecimientos hubiesen sido distintos? No lo sé. Yo no puedo adivinar lo que hubiera podido ocurrir. La verdad es que no lo sé, pero creo que en aquel momento se hizo, con Franco muy grave, lo que era posible hacer en beneficio de la Patria. Es lo único que puedo decir.

El señor MARTINEZ MARTINEZ: ¿Conoce el señor Solís si en España actuaron grupos de presión y si hubo Ministros que fuesen partidarios de la tesis marroquí, a que acabamos de hacer referencia, en contra de lo que era la posición oficial de nuestra política exterior? ¿Quiénes fueron, en tal caso, esos grupos y esos Ministros?

El señor SOLIS RUIZ: En un momento tan grave, permitidme que os diga que es ingenuo pensar que ningún grupo de presión iba a ser tenido en cuenta —si es que existían— ni se iba a acercar a nosotros.

Desde luego, en las conversaciones que mantuvimos aquel día no apareció más interés que el interés de los españoles y de la

Patria. Tuvimos muy presente a nuestro pueblo permanentemente, y nada más y en absoluto que yo sepa —estoy seguro y puedo afirmarlo— hubo presión de ningún grupo. De eso estoy seguro.

Los Ministros tampoco estábamos ni en pro ni en contra. Los Ministros queríamos tener relaciones amistosas con todos los pueblos, resolver el problema y buscarle una solución. Pero por mucho que se metan con los Ministros (y eso siempre está de moda sobre todo en los aspirantes, por ver si les dejan un hueco. *(Risas.)* Lo que no cabe duda es que creo que es empequeñecernos demasiado el creer que íbamos a pensar en otros intereses que no fueran los de España.

Tengo la completa seguridad de que en los Ministros actuales, y lo mismo cuando alguno de vosotros seáis Ministro, no pueden nunca pequeños intereses que no sean confesables influir en estas cosas, independientemente de que a través de nuestra representación tenemos la obligación de defender los intereses de los españoles en el exterior. Ese es problema distinto.

En este período, que yo sepa, no hubo ninguna presión, ni los Ministros estábamos en pro o en contra. Queríamos buscar una fórmula de arreglo y estuvimos totalmente unánimes. Ni se discutió ese problema ni nadie allí se manifestó partidario de una cosa o de otra. Eramos partidarios de obtener una paz para que España no tuviese ningún enfrentamiento, y tuvimos presente siempre al pueblo español.

El señor MARTINEZ MARTINEZ: Querría, para terminar, y a efectos de que conste en Acta, señalar que ha habido un par de afirmaciones del señor Solís que me parecen graves, y como, por desgracia, en el Acta no se recogen ni el tono ni las sonrisas, quiero señalar mi disconformidad con ellas.

En una de ellas, el señor Solís ha dicho: «Estamos en democracia, decís»; y en otra, que me parece más grave, ha dicho: «En las próximas elecciones, si las hay». Entiendo que esta broma es de mal gusto y desplazada en el período histórico que vive nuestro país y en el lugar en que nos encontramos. Si una broma de este tipo se juzgara en Inglaterra, sería, sencillamente, una broma, pero en este

país, y en particular por el señor Solís, que es uno de los hombres que ha hecho que no haya habido elecciones durante cuarenta años, creo que es grave, y me alegro de que pueda constar mi protesta y la de mi Grupo a este respecto.

El señor PRESIDENTE: Que consten en Acta las manifestaciones del señor Martínez.

El señor SOLIS RUIZ: ¿Podrán constar las mías? ¿Es reglamentario?

El señor PRESIDENTE: Sí, señor Solís.

El señor SOLIS RUIZ: Primero, Solís no ha sido un hombre de los que han hecho posible que no haya elecciones en España durante cuarenta años. Habrá habido «otras» elecciones, pero las ha habido. Algunos de los Diputados que están aquí han sido, en algunas ocasiones, elegidos para una u otra cosa, bien Concejales en los Ayuntamientos, bien Diputados provinciales, e incluso Procuradores en Cortes de entonces. De modo que ha habido «otras» elecciones.

Solís, en el año 1969, incluso, fue una de las personas que participaron para que aquel sistema fuese avanzando en su representatividad en el Congreso de Tarragona, al que algunos de los Diputados asistieron, y cuando tenía otros cargos lo hizo con la Ley de Asociaciones, que luego ahí quedaron. Por tanto, rechazo la primera observación.

La segunda, el decir: «Las elecciones, si las hay», es porque lo estáis diciendo vosotros todos los días. *(Risas.)* Perdón, lo digo en serio, vosotros mismos estáis dudando. Además, en una vida parlamentaria —he asistido muchas veces al Parlamento, y en este momento, aunque no sea parlamentario, tengo que estar en el juego—, cuando las situaciones son duras, se puede permitir uno algunas pequeñas, nunca faltas de respeto, sino flexibilidades en el decir, para que podamos entendernos mejor y dialogar, no con dureza, sino con más flexibilidad.

Si he molestado, lo retiro, porque espero que montéis unas elecciones cuando correspondan, espero que, naturalmente, participemos los españoles y quién sabe si a lo me-

por yo seré un contrincante bueno en ellas.  
(Risas.)

En cuanto a la otra parte...

El señor MARTINEZ MARTINEZ: Eso era todo.

El señor SOLIS RUIZ: Si lo ha tomado a mal, le pido mis disculpas y listo. No tiene mayor importancia, y que consten también mis manifestaciones, respetuosamente, en Acta.

El señor PRESIDENTE: Tiene la palabra la representación del Grupo Socialistas de Cataluña.

El señor LLUCH MARTIN: Quiero poner de relieve que la benevolencia del señor Presidente ha permitido que el señor Solís no hablase solamente de lo que se le había preguntado, sino de lo que podríamos llamar, en un sentido muy amplio de la palabra, su filosofía de la historia.

Nos ha dado, por ejemplo, consejos, y tengo que decir aquí, puesto que no hemos venido a hacer —como se ha dicho muchas veces— ningún juicio, que prefiero recibir consejos del señor Solís que otras cosas que había recibido en el pasado del mismo. También me gustaría decirle al señor Solís que habrá elecciones generales; las habrá, señor Solís.

Me parece que nos hemos salido un poco, en la intervención del señor Solís, de lo que se trataba.

Esto es grave, porque habría que centrarse en el tema y me parece que haberse salido de él no es ninguna casualidad, sino que me parece que forma parte de un planteamiento táctico concreto. Me parece que hubiésemos tenido —me refiero a la intervención del señor Solís— que concentrarnos más en el tema, que es lo que voy a hacer a continuación.

Mis preguntas son dos: la primera es que el señor Solís ha indicado que habría razones económicas poderosas que, en el momento culminante de la crisis, estaban a favor de que se iniciase la guerra. Yo le pregunto si él conoce la existencia de razones económicas poderosas, no en el momento final de la

crisis, sino en los meses anteriores que estaban jugando con respecto al conflicto que aquí nos reúne.

El señor SOLIS RUIZ: Me parece que yo no dije eso. Yo me refería a la política general del mundo, no de España. Yo he dicho que me dolía observar que muchas veces, ante una contienda —y pensaba no en una contienda de España, sino en una de las varias que he visto en los últimos años— jugaban razones históricas, que otras veces eran razones políticas y otras veces, desgraciadamente, también había fuertes grupos económicos en el mundo que tenían determinados intereses y que influían a veces. Pero no me refería, naturalmente, a nuestro caso concreto, sino que me refería al caso general del mundo. Y, efectivamente, estoy convencido de que, desgraciadamente, hay muchos egoísmos y muchas personas que, en vez de ayudar para que entre las naciones no haya guerras, más o menos directamente, las alientan. Estoy convencido. ¿Quiénes son? Pues no lo sé, pero, desde luego, no cabe duda de que hay fuerzas que alientan la guerra y que se dedican al mercado negro de armamento y hay quien se dedica a montar sus grandes negocios a costa de la sangre de los demás, y hay quien se dedica, cuando hay una guerra, a llevar alimentos a unos u otros, etc. Es decir, hay muchos interesados que se benefician y a eso me refería. No me refería en absoluto a España ni a la posible contienda que podríamos haber tenido.

El señor LLUCH MARTIN: Perdone, señor Solís, pero es que la pregunta era si usted sabía de la existencia de razones económicas poderosas en los meses anteriores.

El señor SOLIS RUIZ: Primero, no lo sé, y segundo que en mis palabras no me refería a España. Yo no lo sabía. He dicho antes, contestando a otra pregunta: «Ni lo sé, ni lo vi, ni lo palpé». No conocí nunca que hubiese presiones económicas en nuestro posible conflicto.

El señor LLUCH MARTIN: La segunda pregunta era si usted cree que han quedado aclaradas suficientemente las razones por las cuales se le eligió para esta misión.

El señor SOLIS RUIZ: No lo creo. Había que elegir a un hombre. Se pudo sortear, se pudo hacer por estatura, por peso. (Risas.) Pero se hizo como se hacen las cosas normalmente. Vamos a poner las cosas en su sitio. Parece que ustedes creen que yo hablo en broma y no es así. Cuando ustedes designan a un representante, se ponen de acuerdo y dicen: «Que vaya fulano»; pues aquí el Presidente del Gobierno, después de hablar con el señor Cortina, dijo: «Que vaya Solís». Pudo mandar a otro, pero a lo mejor no creyó conveniente que fuese un Ministro militar y a lo mejor quiso reservar al Ministro de Industria y al Ministro de Comercio, que tendrían que participar después en las negociaciones y ya irían a una cosa concreta; a lo mejor no quiso mandar al Ministro de Información... Quizá mandó al Ministro Secretario porque, en realidad, no llevaba una parcela determinada y, por tanto, allí no podían hablarle de «qué hacemos con los fosfatos, qué hacemos con los barcos...». Es un Ministro General, era un Ministro que lo abarcaba todo sin tener una responsabilidad específica. ¡Me vais a hacer pensar ahora por qué me nombraron a mí! Influyó eso, que era más delicado para un Ministro responsable de una parcela que para otro que llevaba la política general. Yo quizá podía defenderme mejor cuando me dijeren: «¿Qué vamos a hacer de los barcos?». Yo les diría: «Eso, pregúnteselo más tarde al Ministro de Comercio». O: «¿Qué vamos a hacer de los fosfatos?». «Pregúnteselo al Ministro de Industria.» Quizá era el Ministro que en aquel momento me podía defender un poco mejor. Si luego influyeron otras cosas, no lo sé. Otra cosa no puedo constatar.

Primero se me eligió a mí y luego se eligió al señor Carro, porque era otro momento más delicado, más difícil, y se le dijo: «Vaya usted para tal cosa concreta», pero, en mi caso, no creo que hubiese ninguna causa especial. ¡De verdad que me habéis puesto a pensar!

El señor PRESIDENTE: ¿Ha terminado la representación del Grupo de Socialistas de Cataluña? (Pausa.)

El señor LLUCH MARTIN: Hemos comprendido perfectamente bien por qué se le eligió.

El señor PRESIDENTE: Señores Diputados, damos hoy por terminada la sesión informativa de la Comisión de Asuntos Exteriores. Creo que es el momento de agradecer su presencia a todos los señores que han tenido la gentileza de comparecer ante la Comisión de Asuntos Exteriores. Es necesario también reconocer y agradecer los trabajos, la atención y la cortesía de todos los señores Diputados, miembros de esta Comisión, de los que en este momento me siento, como Presidente de esta Mesa, enormemente orgulloso.

También es necesario reconocer el trabajo infatigable que ha realizado el Grupo de Taquígrafos de estas Cortes Españolas. Por último, debo agradecer la destacada labor informativa que han desarrollado durante estos días y estas jornadas marathonianas los representantes de los medios de comunicación social.

Acabamos de cumplir un acto que considero de extraordinaria importancia para la historia de este nuevo Parlamento democrático español. Hemos realizado unas sesiones de trabajo sin visión inquisitorial y sin necesidad de hacer ningún juicio de responsabilidades sobre el pasado. Hemos tratado de una cuestión histórica de nuestras relaciones pasadas en el norte de Africa, porque España hoy tiene serias responsabilidades y serias preocupaciones en esa zona.

Nuestra Comisión tiene como vocación fundamental no solamente estudiar y, en su caso, ratificar, los Tratados internacionales que vengan de alguna manera canalizados por el Ejecutivo, sino que queremos participar y estamos participando en el diseño de las grandes líneas de nuestra política exterior.

Creo que el Palacio de Santa Cruz tiene que buscar necesariamente en esta casa el concierto para la elaboración de la política exterior española de un régimen democrático. Los actos que hemos vividos en esas jornadas pasadas representan la voluntad de esta casa, de este nuevo Parlamento español democrático, en su deseo y finalidad de contar seriamente y de participar en lo que va

a ser la elaboración de las líneas maestras de la política exterior española. (*El señor Marín González pide la palabra.*)

Tiene la palabra el señor Marín.

El señor MARIN GONZALEZ: Para una cuestión más que nada de orden, en el sentido de que deseáramos que la Mesa de la Comisión, cuanto antes, ventilara las cuestiones reglamentarias al objeto de introducir la

correspondiente moción para que con este arsenal de orientaciones y juicio emitidos en estas sesiones se pueda inmediatamente suscitar el correspondiente debate en cuanto a la política exterior a seguir en el futuro.

El señor PRESIDENTE: Que consten en Acta las manifestaciones del señor Marín.

*Se levanta la sesión a la una y cinco minutos de la tarde.*

Precio del ejemplar ..... 50 ptas.

Venta de ejemplares:

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.

Paseo de Onésimo Redondo, 36

Teléfono 247-23-00, Madrid (8)

Depósito legal: M. 12.590 - 1961

RIVADENEYRA, S. A.—MADRID